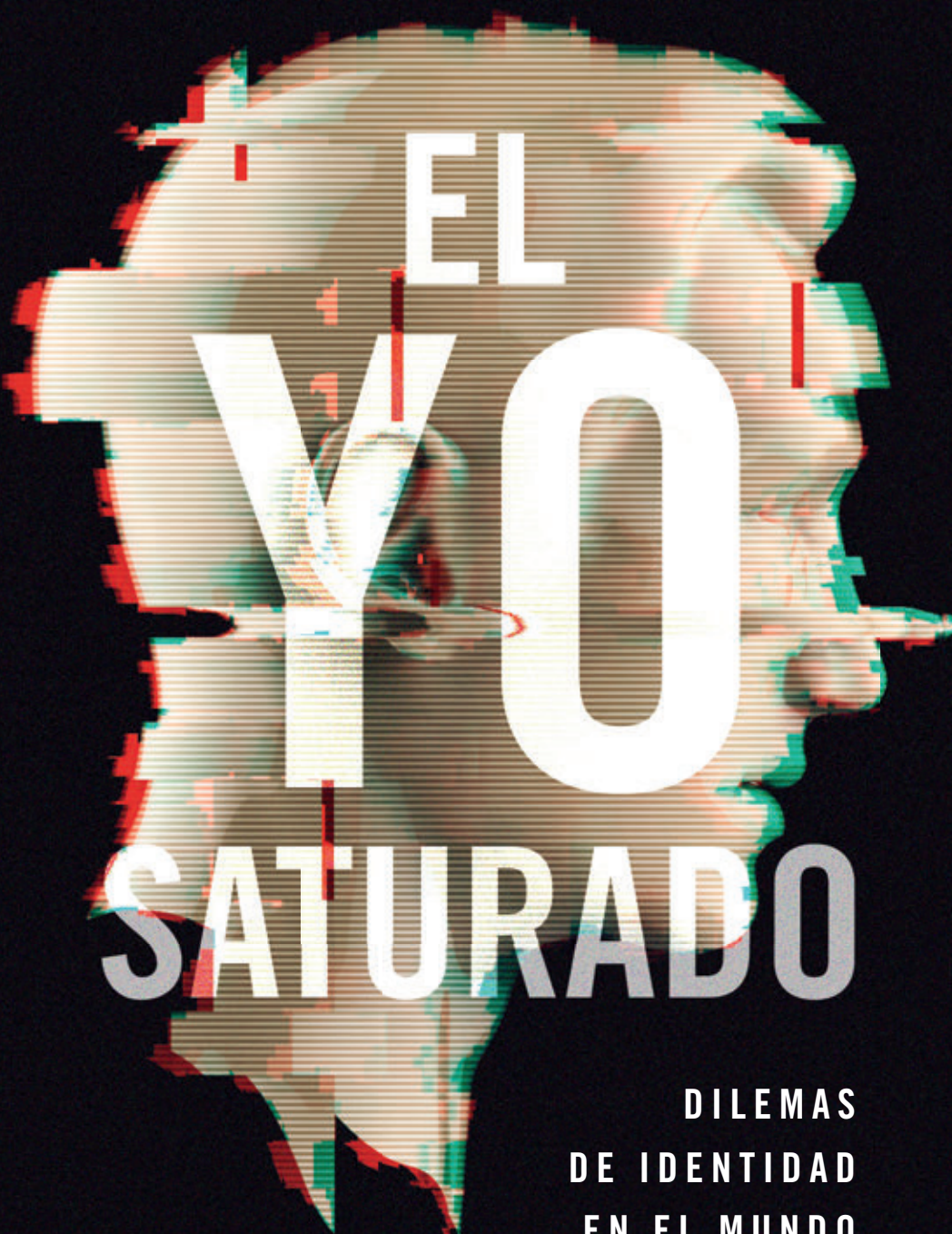


KENNETH J. GERGEN



EL
YO
SATURADO

DILEMAS
DE IDENTIDAD
EN EL MUNDO
CONTEMPORÁNEO

PAIDÓS

KENNETH J. GERGEN

EL YO SATURADO

*Dilemas de identidad
en el mundo contemporáneo*

Título original: *The Saturated Self. Dilemmas of Identity in Contemporary Life*,
de Kenneth J. Gergen

1.^a edición, noviembre de 1997

1.^a edición en esta presentación, septiembre de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Basic Books, una división de Harper Collins Publishers Inc., 1991

© de la traducción, Leandro Wolfson

© de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U., 2006

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3483-2

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L.

Depósito legal: B. 15.596-2018

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Prefacio	9
1. El asedio del yo	17
2. De la visión romántica a la visión modernista del yo	41
3. La saturación social y la colonización del yo	81
4. La verdad atraviesa dificultades	127
5. El surgimiento de la cultura posmoderna	167
6. Del yo a la relación personal	205
7. Un <i>collage</i> de la vida posmoderna	247
8. Renovación del yo y autenticidad	285
9. Recapitulación y relatividad	323
Notas	369
Autorizaciones	403
Índice analítico y de nombres	405

CAPÍTULO 1

El asedio del yo

Acababa de volver a Swarthmore de un congreso en Washington que había durado dos días y que había reunido a cincuenta estudiosos e investigadores de todo el país. Sobre el escritorio tenía un fax urgente de España que me inquiría por un artículo que había prometido para una conferencia en Barcelona, con el que llevaba un retraso de varios meses. Antes de pensar siquiera en contestar el fax, comenzó mi horario habitual de consultas, que había pospuesto hasta entonces. Llegó uno de mis mejores alumnos y empezó a hacerme preguntas sobre los prejuicios étnicos que ponía de manifiesto el programa del curso. Entró mi secretaria con un fajo de partes telefónicas y algunas cartas que se habían acumulado durante mi ausencia; entre ellas, una nota de la Dirección General de Hacienda sobre una inspección y otra de la compañía telefónica que comunicaban la cancelación de un servicio. Mis charlas con los alumnos se vieron interrumpidas luego por llamadas telefónicas desde Londres (un editor), Connecticut (una colega que estaba de paso y que se iba a pasar el fin de semana a Oslo) y California (un viejo amigo pensaba viajar en el verano a Holanda, y quería saber si podríamos coincidir allí). Al filo del mediodía ya estaba agotado: todas mis horas se habían consumido en el proceso de la relación con otras personas —cara a cara, por carta o electrónicamente— dispersas en distintos puntos de Europa y Estados Unidos, así como en mi pasado. Tan aguda había sido la competencia por este «tiempo de relación» que virtualmente ninguno de los intercambios que mantuve con esas personas me dejó satisfecho.

Esperaba con ansiedad disponer durante la tarde de algunos momentos de aislamiento, restablecimiento personal y vuelta al equilibrio: no tuve esa dicha. No sólo impartí mis dos clases vespertinas (una de las cuales fue recuperatoria de la que había perdido por mi viaje a Washington), sino que hubo nuevas llamadas telefónicas, despachos por correo electrónico, visitas de estudiantes y un colega de Chicago que quería conocer nuestro predio universitario. Al concluir la jornada, por si me hubiera faltado algún estímulo, el radiocasete del coche aguardaba mi tramo de vuelta a casa. Al llegar noté que el césped estaba demasiado crecido y que las paredes de la vivienda pedían a gritos una mano de pintura; pero yo no estaba para aquellos menesteres: tenía que contestar la correspondencia del día, mirar los periódicos y hablar con mis familiares, ansiosos por contarme lo que habían estado haciendo. Quedaban aún los mensajes del contestador automático, más llamadas de amigos, y la tentadora televisión, incitándome a huir desde sus veintiséis canales. ¿Pero cómo podía huir posponiendo tantas obligaciones vinculadas con mis artículos, la correspondencia y la preparación de los cursos? Inmerso en una red de conexiones sociales que me consumían, el resultado era el atontamiento.

Tal vez los profesores universitarios seamos gente más ocupada que la mayoría; después de todo, la comunicación es un hecho central de la docencia y la investigación. Sin embargo, mi estado de inmersión social dista de ser anómalo; en verdad, si se compara a un profesor con muchos hombres de negocios y otros profesionales, se comprobará que disfrutan de un grado considerable de aislamiento.

Los signos de esta inmersión social aparecen por todos lados:

- Una llamada a un abogado de Filadelfia es contestada automáticamente por un mensaje grabado en tres idiomas.
- Un amigo empresario se quejaba el otro día de que desde hace ya varios años el grupo con el que se reunía una vez por semana para jugar al tenis había aumentado de cuatro a seis integrantes, a raíz de los frecuentes viajes que hacían, y que este año estaban considerando la posibilidad de elevar la cifra a siete.
- El año pasado pronuncié una breve charla en una fiesta de cumpleaños, en Heidelberg. Tres días después, al regresar a Estados

Unidos, me llamó por teléfono un amigo desde la costa Oeste (la otra punta del país) para contarme cuál había sido la reacción de los invitados. Él recogió los comentarios dos días antes que yo gracias al correo electrónico.

- El quiosco de revistas más cercano me ofrece no menos de veinticinco publicaciones distintas sobre ordenadores, procesamiento de textos y programas de maquetación y edición.
- Se ha calculado que en la actualidad visitan Disney World más de veinte millones de turistas al año, procedentes de todo el globo (el *Independent*, de Londres, predice que para el año 2000 el turismo será la industria más importante del mundo).¹
- Titular de *USA Today*: «Si se está preguntando en qué lugar del mundo le gustaría cenar...», seguido de una detallada descripción de los principales restaurantes de siete países europeos y asiáticos.

Por si alguien no se ha dado cuenta, quiero puntualizar que ninguna de estas observaciones podría haberse formulado tan sólo diez años atrás.

Me crie en un pueblecito de Carolina del Norte. Salvo por el viaje que hicimos a Washington en 1952, cuando cursábamos el penúltimo año de estudios, la mayoría de mis compañeros de la escuela secundaria no había puesto jamás el pie al otro lado de la frontera del estado. Incluso Chapel Hill era un lugar misterioso y exótico para quienes vivíamos en Durham, a unos 22 kilómetros. En casi todas las familias que trataba yo, la llegada de una carta era un acontecimiento: los miembros de la familia se reunían para leer en voz alta y en presencia de todos aquellas preciosas líneas. Las llamadas a larga distancia eran tan raras que cuando se producían la gente seguía comentándolas durante varias semanas. Los visitantes que venían de otros lugares, más allá de Carolina del Norte, eran recibidos virtualmente como monarcas; casi no había visitantes del extranjero. Tanto el periódico local como las tres radioemisoras que uno podía escuchar se dedicaban mayormente a acontecimientos locales: los precios de la cosecha, la actividad de las figuras políticas del estado, las alegrías y sinsabores que proporcionaban a sus criadores los toros de raza Durham. Si había un lazo importante

con algo externo a la comunidad misma, era el que nos unía con la Madre Patria, la de los heroicos rebeldes de la Independencia, sus nobles aristócratas, y con la literatura y nuestro pasado cultural. El problema no consistía entonces en mantener el ritmo de un desfile incesante de voces que pasaban, sino en conservar nuestra valiosa herencia.

Pero aun esta tranquila existencia parece caótica si hacemos retroceder el calendario sólo unas décadas atrás. Hace unos días hablé con una vecina que acababa de celebrar su centenario. Me contaba de su niñez y de los goces de una vida pasada entre un círculo reducido de relaciones humanas que eran siempre las mismas. De niña, casi todas las personas a quienes veía le eran conocidas. La mayoría de esas relaciones eran cara a cara; las visitas a los amigos se hacían a pie o en carruaje. Si uno tenía el propósito de ir de visita, era esencial que lo hiciera saber antes enviando una tarjeta. Recordaba todavía la emoción que sintió la familia cuando su padre anunció que dentro de poco iban a instalar un aparato llamado teléfono, y que entonces podrían hablar con los vecinos que vivían a tres manzanas de distancia sin necesidad de salir de casa.

El contraste que ofrece aquello con un día cualquiera en mi estudio pone de relieve que soy una víctima (o un beneficiario) de los profundos cambios habidos en el curso del siglo xx. Las nuevas tecnologías permiten mantener relaciones, directas o indirectas, con un círculo cada vez más vasto de individuos. En muchos aspectos, estamos alcanzando lo que podría considerarse un estado de saturación social.

Los cambios de esta magnitud rara vez se limitan a un sector: reverberan en toda la cultura y se van acumulando lentamente hasta que un día caemos en la cuenta de que algo se ha trastocado y ya no podremos recuperar lo perdido. Si bien algunos de estos efectos son desquiciantes, mi exploración principal en este libro es más sutil y evasiva: específicamente, lo que quiero es examinar el impacto de la saturación social en la manera como conceptualizamos nuestro yo y las pautas de vida social que le son anexas. Nuestro vocabulario relativo a la comprensión del yo se ha modificado notoriamente a lo largo del siglo, y con él el carácter de los intercambios sociales. Pero la creciente saturación de la cultura pone en peligro todas nuestras premisas previas sobre el yo, y convierte en algo extraño las pautas de relación tradicionales. Se está forjando una nueva cultura.

CONCEPTOS CAMBIANTES DEL YO

[Los conceptos relativos al yo] operan en el individuo y la sociedad como realidades funcionales que contribuyen a fijar los límites de esa misma naturaleza humana de la que, presuntamente, deberían ser un modelo.

DAVID BOHM, *Human Nature as the Product of Our Mental Models*

¿Por qué son tan decisivas para nuestra vida las caracterizaciones que hagamos de nuestro yo —de nuestra manera de hacernos asequibles a los otros—? ¿Cuál es el motivo de que los cambios que sobrevienen en estas caracterizaciones sean temas de interés tan preponderante? Veamos.

La pareja se halla en un momento decisivo de su relación. Han disfrutado mutuamente de su compañía durante varios meses, pero jamás hablaron de lo que sentían. Ahora, ella tiene una imperiosa necesidad de expresar sus sentimientos y aclararlos, pero... ¿qué ha de decir? Certo es que dispone de un extenso vocabulario para expresarse a sí misma; por ejemplo, podría declarar púdicamente que se siente «atraída» por él, o «entusiasmada», o «deslumbrada», o «sumamente interesada». Si cobra valor, tal vez le diga que está «muy enamorada», o bien, si se anima, que está «subyugada» o «locamente apasionada». Le aflo- ran a la punta de la lengua términos como «alma», «deseo», «necesidad», «ansia», «lujuria». Ahora bien: ¿sabrás escoger las palabras correctas en ese delicado instante?

La cuestión es grave por cuanto el destino de la relación está pendiente de un hilo: cada término tiene distintas implicaciones para el futuro. Decir que se siente «atraída» por él es guardar cierta reserva; sugiere mantener distancias y evaluar la situación. Decir que está «entusiasmada» denota un futuro más racional; «deslumbrada» y «sumamente interesada» son comparativamente términos más dinámicos, pero no sensuales. En cambio, decir que está «enamorada» podría indicar cierta irracionalidad o descontrol. Es expresión, además, de una dependencia emocional. Si agrega que está «locamente enamorada», el tipo podría asustarse e irse: tal vez lo único que quería era pasar un buen

rato. Si se anima a introducir términos que hagan referencia a su «alma» o a su «lujuria», la relación podría avanzar por senderos muy diferentes. Vemos, pues, que su expresión de sí misma lleva implícitas consecuencias sociales.

Nuestro idioma dispone de un vocabulario riquísimo para la expresión de las emociones, pero... ¿qué ocurriría si se abandonasen algunos términos? ¿Qué pasaría si no se dispusiera más de la expresión «estar enamorado»? Es una frase muy útil si uno quiere avanzar hacia una relación profunda y comprometida: pergeña un cuadro futuro significativo e invita al otro a tomar partido. No cumple el mismo fin decir que uno se siente «atraído» por otra persona, o que está «entusiasmado» por ella, o que «le interesa». Con el «estar enamorado» puede alcanzarse una relación tal que no sea accesible con sus rivales. Análogamente, las otras expresiones pueden servir para otros fines: por ejemplo, para poner distancia, o para limitar la relación al plano físico. Abandonar cualquiera de estos términos o frases significa perder un margen de maniobra en la vida social.

Al ampliar el vocabulario de expresión de uno mismo se vuelven posibles otras opciones en el campo de las relaciones humanas. En la actualidad no hay en inglés ningún término que describa suficientemente bien una relación apasionada y permanente, pero periódica, y no cotidiana. Si una pareja desea encontrarse de vez en cuando, pero quiere que estas ocasiones sean «profundamente conmovedoras» para ambos, carecen de una alternativa que viabilice la expresión de lo que desean. Los términos «atracción», «entusiasmo», etcétera, no describen un intercambio profundamente conmovedor, y si uno dice que «está enamorado» no da cabida a que se acepten con indiferencia las distancias periódicas. A medida que se expande el vocabulario de la expresión del yo, también lo hace el repertorio de las relaciones humanas.

Ludwig Wittgenstein, el filósofo de Cambridge, escribió en una oportunidad: «Los límites del lenguaje [...] significan los límites de mi mundo».² Esta concepción tiene una particular validez para el lenguaje del yo. Los términos de que disponemos para hacer asequible nuestra personalidad (los vinculados a las emociones, motivaciones, pensamientos, valores, opiniones, etcétera) imponen límites a nuestras actuaciones. Una relación romántica no es sino una entre la multitud

de ocasiones en que nuestro vocabulario del yo se insinúa en la vida social. Considérese lo que sucede con nuestros tribunales de justicia. Si no creyéramos que la gente posee «intenciones», la mayoría de nuestros procedimientos jurídicos carecerían de sentido, ya que en gran medida determinamos en función de las intenciones la culpa o la inocencia. Si uno sale de caza y le apunta a un oso pero por accidente mata a otro aficionado que andaba por allí, probablemente se sienta culpable el resto de su vida, pero no recibirá un gran castigo: no era su «intención» matar al colega. Si en cambio le apunta con el arma y lo mata «intencionadamente», no será difícil que pase el resto de su vida en prisión. Si renunciáramos al concepto de intención —aduciendo que todas nuestras acciones son el producto de fuerzas que escapan a nuestro control—, perdería importancia la diferencia de los objetivos perseguidos en uno y otro caso.

En el campo de la educación, basta pensar en las dificultades que ocasionaría que los maestros renunciasen a hablar de la «inteligencia» de los alumnos, de sus «objetivos», de su «grado de atención» o de sus «motivaciones». Estas caracterizaciones permiten discriminar entre sí a los alumnos para prestarle a cada uno una atención particular, en forma de recompensa o de castigo. Constituyen el vocabulario de la advertencia y el elogio, y cumplen un papel fundamental en la política educativa. Si no creyésemos que el yo de cada cual está constituido por procesos tales como la «razón», la «atención», etcétera, el sistema educativo se vendría a pique por falta de sustento. Análogamente, los sistemas de gobierno democrático dependen de la adhesión de los ciudadanos a determinadas definiciones del yo. Sólo tiene sentido que los individuos voten si se presume que poseen un «juicio independiente», una «opinión política propia» y que «desean el bien común». Difícilmente podrían continuar sustentándose las instituciones de la justicia, la educación y la democracia sin ciertas definiciones compartidas de lo que es el yo.³

El lenguaje del yo individual está entramado también prácticamente en la totalidad de nuestras relaciones cotidianas. Al hablar de nuestros hijos nos apoyamos en nociones como las de «sentimientos», «necesidades», «temperamento» y «deseos». En el matrimonio, cada uno de los cónyuges se define a sí mismo diciendo que está «comprometi-

do» con su pareja, o que siente «amor» o «confianza» hacia ella, o que está viviendo un «romance». En nuestras amistades hacemos uso frecuente de términos como «simpatizar» o «tener respeto» por el otro. Las relaciones industriales están imbuidas de «motivaciones», «incentivos», «racionalidad» y «responsabilidad». Los clérigos tendrían dificultad para tratar con los que concurren a su parroquia si no dispusieran de palabras como «fe», «esperanza» y «conciencia moral». Dicho más directamente, sin el lenguaje del yo —de nuestros caracteres, estados y procesos— la vida social sería virtualmente irreconocible.

EL YO: DE LA CONCEPCIÓN ROMÁNTICA A LA POSMODERNA

La tesis de este libro es que el proceso de saturación social está produciendo un cambio profundo en nuestro modo de comprender el yo. La vida cultural del siglo xx ha estado dominada por dos grandes vocabularios del yo. Hemos heredado, principalmente del siglo xix, una visión *romántica* del yo que atribuye a cada individuo rasgos de personalidad: pasión, alma, creatividad, temple moral. Este vocabulario es esencial para el establecimiento de relaciones comprometidas, amistades fieles y objetivos vitales. Pero desde que surgió, a comienzos del siglo xx, la cosmovisión *modernista*, el vocabulario romántico corre peligro. Para los modernistas, las principales características del yo no son una cuestión de intensidad sino más bien una capacidad de raciocinio para desarrollar nuestros conceptos, opiniones e intenciones conscientes. Para el idioma modernista, las personas normales son previsibles, honestas y sinceras. Los modernistas creen en el sistema educativo, la vida familiar estable, la formación moral y la elección racional de determinada estructura matrimonial.

Pero como trataré de argumentar, tanto las concepciones románticas como las modernas sobre el yo están desmoronándose por el desuso, al par que se erosionan los basamentos sociales que las sustentan, por obra de las fuerzas de la saturación social. Las tecnologías que han surgido nos han saturado de los ecos de la humanidad, tanto de voces que armonizan con las nuestras como de otras que nos son ajenas. A medida que asimilamos sus variadas modulaciones y razones, se han

vuelto parte de nosotros, y nosotros de ellas. La saturación social nos proporciona una multiplicidad de lenguajes del yo incoherentes y desvinculados entre sí. Para cada cosa que «sabemos con certeza» sobre nosotros mismos, se levantan resonancias que dudan y hasta se burlan. Esa fragmentación de las concepciones del yo es consecuencia de la multiplicidad de relaciones también incoherentes y desconectadas, que nos impulsan en mil direcciones distintas, incitándonos a desempeñar una variedad tal de roles que el concepto mismo de «yo auténtico», dotado de características reconocibles, se esfuma. Y el yo plenamente saturado deja de ser un yo.

Para contrastar este enfoque del yo con el romántico y el moderno, equipararé la saturación del yo con las condiciones inherentes al *posmodernismo*. Al ingresar en la era posmoderna, todas las concepciones anteriores sobre el yo corren peligro, y con ellas, las pautas de acción que alientan. El posmodernismo no ha traído consigo un nuevo vocabulario para comprendernos, ni rasgos de relevo por descubrir o explorar. Su efecto es más apocalíptico: ha sido puesto en tela de juicio el concepto mismo de la esencia personal. Se ha desmantelado el yo como poseedor de características reales identificables como la racionalidad, la emoción, la inspiración y la voluntad.

Sostengo que esta erosión del yo identificable es apoyada por una amplia gama de concepciones y de prácticas, y se manifiesta con ellas. En líneas más generales, el posmodernismo está signado por una pluralidad de voces que rivalizan por el derecho a la existencia, que compiten entre sí para ser aceptadas como expresión legítima de lo verdadero y de lo bueno. A medida que esas voces amplían su poder y su presencia, se subvierte todo lo que parecía correcto, justo y lógico. En el mundo posmoderno cobramos creciente conciencia de que los objetos de los que hablamos no están «en el mundo», sino que más bien son el producto de nuestras perspectivas particulares. Procesos como la emoción y la razón dejan de ser la esencia real y significativa de las personas; a la luz del pluralismo, los concebimos como imposturas, resultado de nuestro modo de conceptualizarlos. En las condiciones vigentes en el posmodernismo, las personas existen en un estado de construcción y reconstrucción permanente; es un mundo en el que todo lo que puede ser negociado vale. Cada realidad del yo cede paso al cues-

tionamiento reflexivo, a la ironía y, en última instancia, al ensayo de alguna otra realidad a modo de juego. Ya no hay ningún eje que nos sostenga.

¿Habrá que tomar en serio todo lo que estamos apuntando sobre el «cambio dramático» y la «desaparición»? Después de todo, seguimos hablando de nosotros mismos más o menos como lo hacíamos el año pasado, o aun veinte años atrás. Y todavía podemos leer a Dickens, Shakespeare y Eurípides con el convencimiento de que comprendemos a sus personajes y las acciones que llevan a cabo. ¿Por qué habríamos de prever ahora alteraciones drásticas, aunque estemos cada vez más saturados por nuestro entorno social? Esta pregunta es importante, y la respuesta, un preludio indispensable para lo que sigue.

Los estudios sobre el concepto del yo vigente en otras culturas y períodos históricos pueden comenzar a revelarnos hasta qué punto pueden ser frágiles e históricamente fluctuantes nuestras actuales concepciones y costumbres. Comprobaremos que lo que la gente considera «evidente» acerca de sí misma es de una variedad enorme, y que muchas de nuestras trivialidades actuales son de una novedad sorprendente. Veamos algunos ejemplos de esta variación y de este cambio.

LA LOCALIZACIÓN CULTURAL DEL YO

El significado emocional es un logro social y cultural.

CATHERINE LUTZ, *Unnatural Emotions*

Si hay un mensaje conspicuo en los anales de la antropología, es el que nos hace reconocer las sólidas verdades de nuestra propia cultura. Si cotejamos nuestra visión con las de otros, comprobamos que lo que para nosotros es «conocimiento seguro», otros lo considerarán más bien una suerte de folclore. Véase, si no, la definición misma de lo que es un individuo autónomo. Damos más o menos por sentado que cada uno de nosotros es un individuo autónomo, que posee responsabilidad y la capacidad de desenvolverse. Concedemos derechos inalienables a los individuos —no a las familias, clases sociales u organizaciones—. De acuerdo con nuestro sistema moral, los individuos, y no sus amigos, fa-

miliare o colaboradores profesionales, son los responsables de sus actos. Según nuestro concepto tradicional del amor romántico, su objetivo apropiado es otro individuo: estar vinculado románticamente a varias personas a la vez se considera inconcebible o inmoral.

Nuestra consideración del individuo resultaría anómala en muchas culturas del mundo. Veamos a los balineses. Tal como los describe Clifford Geertz, antropólogo de la Universidad de Princeton, el concepto de un yo singular o individual no desempeña sino un papel mínimo en la vida cotidiana de esa cultura.⁴ A los individuos se los considera más bien representantes de categorías sociales más generales, y es la categoría social la que cobra importancia decisiva en la vida cultural. En las palabras de Geertz: «No es [...] su existencia como personas, su inmediatez o su individualidad, ni su efecto particular e irrepetible en el curso de los hechos históricos lo que cobra preeminencia o se destaca simbólicamente, sino su situación social, su particular localización dentro de un orden metafísico persistente, en verdad eterno».⁵ Para un balinés, amar o despreciar, honrar o humillar a alguien teniendo en cuenta un estado determinado de su mente individual (sus sentimientos, intenciones, racionalidad, etcétera) sería algo rayano en lo disparatado. Nadie se relaciona con un individuo personalizado, sino con lo que en nuestra cultura occidental consideraríamos un ser despersonalizado.

Según puntualizamos anteriormente, las maneras de hablar están insertas en las formas de vida cultural. Veamos, por ejemplo, las costumbres de los balineses en la forma de designar a las personas. En Occidente, cada individuo recibe al menos un nombre que lo identificará toda su vida; para los balineses, en cambio, los nombres se aplican primordialmente para designar a los grupos a los que pertenece el individuo. Los bebés no reciben un nombre propio hasta que han transcurrido 105 días desde su nacimiento, y ese nombre sólo se usa esporádicamente para referirse a ellos; una vez que llegan a la adolescencia, desaparece casi tal denominación y se ponen en circulación otros apelativos, que designan sobre todo la posición social. Hay nombres que indican el orden de nacimiento del individuo: Wayan es el del primogénito, Nioman el del segundo hijo, etcétera. Hay también nombres de parentesco que designan el grupo generacional al que se pertenece. En ese sistema, cada sujeto

contesta al nombre que reciben todos los hermanos y primos pertenecientes a la misma generación.

Una de las designaciones más notables es el «tekónimo», un apelativo que cambiará varias veces en el transcurso de la vida. A un adulto, cuando se convierte en padre o madre, se le llama «padre de...» o «madre de...» (seguido del nombre del hijo). Luego, cuando nace un nieto, el nombre vuelve a adaptarse: «abuelo de...» o «abuela de...», y así sucede de nuevo cuando nace un bisnieto. Entretanto, los títulos referidos al estatus indican la posición social de cada uno, y los títulos públicos indican su función o el servicio que cumple en la comunidad (por ejemplo, encargado de la correspondencia, carretero o político).

Esta visión del yo inserto en lo social se pone de relieve asimismo en las pautas de relación. Como el grupo social tiene una importancia fundamental, las relaciones suelen ser generales y formales, más que específicas y personales. En la cultura occidental, preocupados como estamos por la singularidad de cada individuo, normalmente prestamos más atención al estado de ánimo momentáneo de nuestros amigos. Continuamente nos inquieta lo que «sienten» en ese momento, lo que «piensan», etcétera. A menudo las amistades nos parecen imprevisibles y preñadas de posibilidades; nunca sabemos en qué pueden derivar. En cambio, entre los balineses las relaciones se consideran vínculos entre representantes de distintos grupos o clases. Como consecuencia, tienden a ser ritualizadas. Es posible que se repitan, una y otra vez, determinadas pautas de acción, donde sólo cambian los personajes. No es probable que sucedan desenlaces inesperados. Los occidentales sólo llevamos a cabo rituales semejantes con los individuos cuando desempeñan su papel profesional: el médico, el mecánico del coche, el camarero de un restaurante (pero ni siquiera estas relaciones ritualizadas pueden sustraerse a la intensa inclinación en favor de la personalización, como cuando el camarero se nos presenta diciéndonos su nombre). En Bali, según Geertz, aun las amistades más estrechas se desarrollan entre ceremonias de buenos modales.

No sólo varía de una cultura a otra el énfasis puesto en la individualidad,⁶ sino también los supuestos sobre cómo se puede caracterizar a una persona. Tomemos las emociones. Las expresiones emocionales de la cultura occidental pueden clasificarse en menos de una docena de ca-

tegorías amplias. Podemos enunciar legítimamente, por ejemplo, que sentimos rabia, repugnancia, temor, goce, amor, tristeza, vergüenza o sorpresa (o utilizar algunos términos equivalentes, como decir que estamos «deprimidos» en lugar de decir que sentimos «tristeza»).⁷ Además, consideramos que estos términos representan elementos biológicamente estables; que la gente tiene el atributo de expresar esos sentimientos, y que literalmente podemos «ver» en el rostro de la gente la expresión de esas emociones. Un adulto que no fuera capaz de sentir tristeza, temor o amor, por ejemplo, sería considerado un psicópata o un autista.

No obstante, al examinar otras culturas tomamos penosa conciencia de lo ridículos que son estos «elementos biológicamente estables». En algunas de ellas, a los investigadores se les hace difícil identificar términos relativos a los «estados de ánimo»; en otras, el vocabulario es muy limitado, y sólo dedican uno o dos términos a lo que los occidentales llamamos emociones. Hay otras que utilizan muchos más términos que nosotros para describir las emociones. Y a menudo, cuando otra cultura posee términos que parecen corresponderse con los nuestros, los significados de esos términos son muy diferentes.⁸

Tomemos como ejemplo el pueblo de los ilongot, al norte de las Filipinas, para quienes uno de los elementos fundamentales de la psique del hombre maduro es un estado que denominan *liget*. Según lo describe la antropóloga Michelle Rosaldo, sería más o menos equivalente a los términos con que designamos la «energía», la «ira» y la «pasión».⁹ Sin embargo, ese estado no se identifica con ninguno de nuestros términos ni corresponde a una posible combinación entre ellos. El *liget* es una característica propiamente masculina, cuya expresión no nos resulta a nosotros ni siquiera imaginable. Poseído por el *liget*, un joven ilongot puede echarse a llorar, o ponerse a cantar, o expresar mal humor. A lo mejor rechaza ciertos alimentos, la emprende a cuchilladas contra los canastos, lanza gritos furiosos, derrama el agua o evidencia como sea su irritación o su confusión. Y cuando el *liget* llega a su apogeo, se verá compelido a cortarle la cabeza a un nativo de la tribu vecina. Una vez que haya hecho esto, siente que su *liget* se ha transformado y es capaz de transformar a otros. Su energía aumenta, siente el deseo del sexo y adquiere un sentido profundo de sus conocimientos. Sin duda nos cues-

ta imaginar que el *liget* sea un elemento básico de la constitución biológica, que acecha de alguna manera dentro de nosotros, busca expresarse y permanece inhibido bajo las capas artificiales de la civilización. El *liget* es una construcción propia de la cultura ilongot, del mismo modo que los sentimientos de angustia, envidia o amor romántico son una construcción propia de la nuestra.

EL YO A LO LARGO DE LA HISTORIA

Los historiadores, al igual que los antropólogos, manifiestan un profundo interés por la concepción del yo que tienen las personas. Para muchos de ellos, sus investigaciones persiguen un propósito emancipador: si somos capaces de comprender los orígenes y los cambios de nuestras concepciones acerca de la persona —razonan—, podremos morigerar la gravitación de lo que hoy se da por supuesto. Si lo que consideramos hitos sólidos sobre el ser humano resultan ser productos colaterales de un determinado condicionamiento social, más valdría reconocer que tales «hitos» son suposiciones o mitos. Confían, pues, en que la conciencia histórica nos libere de la prisión donde nos mantienen encerrados nuestras consideraciones de lo que es la comprensión.¹⁰

Para muchos historiadores, la preocupación occidental por el individuo y su singularidad es a la vez extrema y restrictiva. ¿Cómo llegó nuestra cultura a asignar tanta importancia al yo individual? Uno de los estudios más interesantes de esta evolución es el de John Lyons, quien expone que la posición central del yo se asienta como producto del pensamiento de fines del siglo XVIII.¹¹ Antes de esa fecha, las personas tendían a concebirse a sí mismas como especímenes de categorías más generales: miembros de una religión, clase, profesión, etcétera. Ni siquiera el alma —dice Lyons— era una posesión estrictamente individual: imbuida por Dios, la había introducido en la carne mortal por un período transitorio. Sin embargo, a fines del siglo XVIII la sensibilidad común comenzó a cambiar, y puede hallarse buena prueba de ello en fuentes tan diversas como los tratados filosóficos, las biografías, las reflexiones personales y los relatos de vagabundos y aventureros.

Examinemos los informes de los viajeros que volvían de países exó-

ticos. Durante siglos —aduce Lyons—, los viajeros narraban lo que se suponía que cualquiera debía contar, ya que hablaban como representantes de todos; pero en esa época (fines del siglo XVIII) la modalidad misma de los relatos empezó a cambiar. Boswell, al describir su visita a las Hébridas, se ve impelido a relatar con particular detalle todo aquello que lo conmovió personalmente: escribe extensamente acerca de sus sentimientos y de los motivos que lo llevaron a conmoverse. Fue en esta época cuando la gente empezó a «dar un paseo con el único fin de darse un paseo [...] no para llegar a ningún lado [...] Porque el hecho de contemplar el paisaje se convirtió en una afirmación de uno mismo más que en un proceso para aprehender el mundo natural». ¹² Esta concepción del yo individual es la que ahora ha invadido virtualmente todos los rincones de la vida cultural de Occidente.

Al mismo tiempo, el conjunto de características atribuidas al yo individual también se modificó notoriamente a lo largo de los siglos, desapareciendo las que se valoraban antaño y ocupando su lugar otras nuevas. Tomemos el caso del niño. Hoy se cree que los bebés nacen con la facultad de sentir muchas emociones, aunque aún no hayan desarrollado su capacidad para el pensamiento racional. En Occidente, los padres suponen que sus hijos no manifiestan capacidad para el pensamiento abstracto antes de los tres años, y creen que la mente del niño debe «madurar». ¹³ Sin embargo, durante gran parte de la historia de Occidente (más o menos hasta el siglo XVII, como ratifica el historiador Philippe Ariès), no se pensaba que la niñez fuese un estado de inmadurez, diferente o extraño al estado adulto. ¹⁴ El psicólogo holandés J. H. Van den Berg refiere que lo usual era considerar al niño como un adulto en miniatura, un ser que se hallaba en plena posesión de las facultades de un adulto, y simplemente carecía de la experiencia para aprovecharlas. ¹⁵ De ahí que Montaigne, en su ensayo sobre la educación de los niños, propusiera introducir el razonamiento filosófico a muy temprana edad, ya que, decía, «desde el momento en que es destetado el niño ya es capaz de entenderlo». ¹⁶ Más adelante, John Locke sostuvo que los niños anhelan «ser cordialmente inducidos a razonar», pues «comprenden el razonamiento tan pronto como el lenguaje mismo; y, si no he observado mal, les gusta ser tratados como criaturas racionales». ¹⁷ Esta comprensión del niño guardaba correspondencia con determinadas pautas

de conducta. Montaigne menciona en sus escritos al hijo de un amigo, un niño que leía griego, latín y hebreo a los seis años y tradujo a Platón al francés antes de cumplir los ocho. Antes de los ocho años, Goethe sabía escribir en alemán, francés, griego y latín. En las clases privilegiadas, era corriente leer y escribir a los cuatro años; los niños leían la Biblia y podían debatir complejas cuestiones de principios morales antes de los cinco. A través de la lente de las concepciones contemporáneas sobre la «maduración de la mente», esas facultades rayan en lo incomprendible.

Otras obras históricas se han ocupado de examinar los conceptos culturales sobre la maternidad. En la época moderna consideramos que el amor de una madre por sus hijos representa un aspecto fundamental de la naturaleza humana, así como que las emociones tienen una base genética. Si una madre no muestra amor por sus hijos (por ejemplo, si los abandona o los vende), nos parece inhumana. (Curiosamente, no consideramos tan «antinatural», por lo común, que un hombre abandone a su esposa e hijos.) No obstante, la historiadora francesa Elisabeth Badinter sostiene que no siempre fue así.¹⁸ En Francia e Inglaterra, durante los siglos XVII y XVIII los niños vivían en forma marginal. Los escritos de la época ponen de relieve una generalizada antipatía hacia ellos, porque nacían en el pecado, significaban un fastidio insoportable y, en el mejor caso, sólo servían para jugar o para convertirse en el futuro en labradores. Entre los pobres, que no practicaban el aborto ni tenían fácil acceso al control de la natalidad, abandonar a un hijo era una costumbre difundida. A todas luces, el concepto de «instinto maternal» habría parecido extraño en estas sociedades.

Más aún, incluso la lactancia del niño era vista en muchos círculos como una pérdida de tiempo para la madre. Si la familia era lo bastante rica, el recién nacido era enviado al campo la mayoría de las veces para que alguna nodriza se ocupara de él; y a raíz de los malos tratos que recibían de estas nodrizas, o de que la leche que les daban no fuera alimento suficiente, era muy común que estos niños murieran. Esas muertes infantiles se tomaban como un asunto de rutina, ya que a la larga o a la corta un niño era reemplazado por otro; los diarios íntimos, al relatar las costumbres familiares, muestran que la muerte de un niño causaba tan poca inquietud en la familia como la de un vecino, o me-

nos; incluso las actividades económicas de la familia a lo largo de aquella jornada ocupaban más espacio. Badinter cita a Montaigne: «Dos o tres de mis hijos murieron mientras estaban con sus nodrizas; no diré que estas muertes no me causaran algún pesar, pero ninguna me congojó demasiado».¹⁹ La conclusión de Badinter es que el concepto del amor materno instintivo es un producto de la evolución reciente de Occidente.

EL LENGUAJE Y LOS ESCOLLOS CON QUE TROPIEZA EL YO

El sentido común de nuestro tiempo nos dice que las personas poseen diferente capacidad de razonamiento, que las emociones son fuerzas poderosas en la vida de la gente y que es importante conocer las verdaderas intenciones de un individuo. Estas premisas representan lo que consideramos universalmente cierto sobre el ser propio humano. No obstante, como nos indican tanto los estudios culturales como los históricos, todas estas premisas acerca de «lo que somos realmente» son precarias: el producto de una cultura en un momento histórico. ¿Podrán hacer frente nuestras convicciones actuales a las fuerzas que, contra todas las «verdades acerca del yo», han lanzado las tecnologías del siglo xx?

El escéptico replicará: «Es cierto que podemos encontrar todas esas variantes en las concepciones y las costumbres a que se ha hecho alusión, pero la historia cultural de Occidente es de antigua data, y nuestras maneras tradicionales de hablar y de actuar tienen hondo arraigo. No es probable que sobrevengan grandes cambios». Un ejemplo final, empero, indicará la rapidez con que se están sucediendo esos cambios, incluso en nuestro siglo. Considérense las siguientes caracterizaciones aplicables al yo:

Baja autoestima	Autoritarismo
Control desde el exterior	Represión
Depresión	Agotamiento
Tensión	Paranoia
Obsesión compulsiva	Bulimia

Sadomasoquismo	Crisis de la madurez
Crisis de identidad	Angustia
Personalidad antisocial	Anorexia
Trastornos afectivos periódicos	Cleptomanía
Enajenación	Psicosis
Trastorno de tensión postraumática	Voyeurismo

Todos estos términos son de uso corriente en las profesiones que se ocupan de la salud mental, así como en un sector significativo de la población, cuando se quiere atribuir un sentido al yo. Dos rasgos de esta lista merecen mención especial. En primer lugar, estos términos se han incorporado al uso corriente en el siglo XX (algunos de ellos, incluso, en la última década). En segundo lugar, todos corresponden a defectos o anomalías. Desacreditan al individuo, al hacer que se repare en sus problemas, fallos o incapacidades. Resumiendo, el vocabulario de las flaquezas humanas ha tenido una expansión enorme en ese siglo: ahora disponemos de innumerables términos para localizar defectos en nosotros mismos y en los demás, que desconocían nuestros bisabuelos.

La espiral ascendente de la terminología sobre las deficiencias humanas puede atribuirse a la «cientificación» de la conducta que caracteriza a la era moderna. Al tratar de explicar los comportamientos indeseables, los psiquiatras y psicólogos dieron origen a un vocabulario técnico de las deficiencias que se fue difundiendo entre el público en general, de modo tal que todo el mundo se ha vuelto consciente de los problemas de la salud mental. Y no sólo se ha adquirido un nuevo vocabulario, sino que a través de él se ha llegado a verse uno a sí mismo y a los demás de acuerdo con esa terminología, juzgándose superior o inferior, digno o no de admiración o de adhesión. (¿En qué medida puede confiarse en una *personalidad adictiva*?, ¿cuánta devoción despierta un *maníaco-depresivo*?, ¿contrataríamos a un *bulímico* en la empresa?, ¿se puede sentir aprecio por una *histérica*?) Y lo que es peor, al producirse este cambio en la manera de interpretar a los otros, se pone en marcha una espiral cíclica de debilitamiento personal, ya que cuando la gente se concibe a sí misma de ese modo, termina por convencerse de que es indispensable contar con un profesional que la trate. Y al solicitarse a los profesionales una respuesta a los problemas de la vida, aquéllos se

ven presionados a desarrollar un vocabulario aún más diferenciado e historiado. Entonces este nuevo vocabulario es asimilado por la cultura, engendra nuevas percepciones de enfermedad, y así sucesivamente en una creciente espiral mórbida.²⁰

Nadie duda de que los profesionales de la salud mental deben soportar una gravosa carga de padecimientos humanos. Pocas profesiones tienen una orientación tan humanista. No obstante, esta espiral cíclica de las deficiencias merece que prestemos seria atención a los medios de contención del lenguaje. En la actualidad, cuesta dirimir los límites. Hace poco fui invitado a participar en un congreso sobre adicciones para profesionales de la salud mental que iba a celebrarse en California. En el anuncio se leía lo siguiente: «Cabe sostener que la conducta adictiva es el problema social y de salud número uno que hoy enfrenta nuestro país. Algunos de los principales investigadores clínicos de este campo expondrán cuál es el “cuadro de situación” en materia de investigación, teoría e intervenciones clínicas para las diversas adicciones [incluidas las siguientes]: gimnasia, religión, comida, trabajo [y] vida sexual». Hace un siglo, la gente se dedicaba a todas estas cosas sin cuestionarse acerca de su estabilidad psíquica y emocional. Si hoy resulta cuestionable dedicarse a la gimnasia, la religión, la comida, el trabajo y la vida sexual, ¿quedará en el futuro algún asunto incólume? Los lenguajes del yo son, por cierto, muy maleables, y a medida que cambian también cambia la vida social.

PRÓXIMAS ATRACCIONES

La escena ya está preparada. Dramatizamos nuestra vida recurriendo en gran medida a los lenguajes del romanticismo y del modernismo. Estas maneras de reconocernos y de interpretar a otros están entretejidas en la trama misma de nuestras relaciones cotidianas; sin ellas, la vida diaria sería insostenible. Pero en nuestra época somos bombardeados, con creciente intensidad, por las imágenes y acciones ajenas, y nuestra cuota de participación social ha aumentado en forma exponencial. Al absorber las opiniones, valores y perspectivas de otros, y vivir en la escena los múltiples libretos en que somos protagonistas, ingresamos en



Patofobia: el temor de que en algún lugar, no se sabe de qué manera, un pato lo está mirando.

la conciencia posmoderna. En un mundo en el que ya no experimentamos un sentimiento conformado del yo y en el que cada vez tenemos mayores dudas sobre la condición de una identidad apropiada, con atributos tangibles, ¿qué consecuencias puede acarrear esto? ¿Cómo reaccionaremos frente a los acontecimientos futuros?

A fin de examinar estos temas, mi plan consiste en hacer primero el inventario de nuestro legado cultural. ¿Cuáles son los lenguajes del romanticismo y del modernismo, y qué aspectos de nuestra vida se susten-

tan en ellos? Deseo indagar el lenguaje romántico de la intensidad personal y establecer las diferencias que introduce en los asuntos humanos. Luego contrastaré esta perspectiva del yo con la concepción modernista de los seres humanos como máquinas, perspectiva que se proyecta contra el trasfondo romántico prometiéndonos un futuro optimista e ilimitado.

Considero que estas concepciones acerca del yo son las víctimas propiciatorias del proceso de saturación social, del cual me ocuparé en el capítulo 3. En él no se encontrarán grandes sorpresas; más bien, mi propósito es repasar, en una visión de conjunto, mucho de lo que ya sabemos fragmentariamente. Quiero reunir los múltiples momentos aislados de toma de conciencia en un solo cuadro global del cambio tecnológico que va penetrando cada vez más en nuestras interpretaciones y relaciones. Concluiré este capítulo con un análisis de lo que denomino «multifrenia»: la fragmentación y colonización de la experiencia del yo.

En mi argumentación cumple un papel decisivo la propuesta según la cual la saturación social acarrea un menoscabo general de la premisa sobre la existencia de un yo verdadero y reconocible. En tanto vamos absorbiendo múltiples voces, comprobamos que cada «verdad» se ve relativizada por nuestra conciencia simultánea de otras opciones no menos imperiosas. Llegamos a percatarnos de que cada verdad sobre nosotros mismos es una construcción momentánea, válida sólo para una época o espacio de tiempo determinados y en la trama de ciertas relaciones. Echan mucha luz sobre este fenómeno los profundos cambios que se están produciendo en la esfera académica. Por ello, en el capítulo 4, «La verdad atraviesa dificultades», esbozo el modo en que la incipiente multiplicidad de perspectivas está minando antiguas convicciones sobre la verdad y la objetividad. Muchos ven hoy en la ciencia una marejada de opiniones sociales cuyos flujos y reflujos están a menudo gobernados por fuerzas ideológicas y políticas; y en tanto la ciencia deja de ser un reflejo del mundo para pasar a ser un reflejo del proceso social, la atención se desplaza del «mundo tal como es» y se centra en nuestras representaciones del mundo. Son muchos los que hoy afirman que estas representaciones no son producto de mentes individuales sino en mayor medida de tradiciones literarias. Si la verdad científica es el producto de un artificio literario, también lo son las verdades sobre el yo.

Esta ebullición de la conciencia posmoderna en los círculos académicos tiene su paralelo en una rica gama de tendencias que están surgiendo dentro del ámbito de la cultura en general: en las bellas artes, la arquitectura, la música, el cine, la literatura y la televisión. De tales tendencias se ocupa el capítulo 5. Reviste particular interés la pérdida de esencias discernibles, la sensibilidad creciente ante el fenómeno de la reconstrucción social de la realidad, el desgaste de la autoridad, el descrédito cada vez mayor de la coherencia racional y el surgimiento de una reflexión individual irónica. Cada una de estas tendencias, que pueden atribuirse a la saturación de la sociedad por múltiples ecos, contribuye al desmoronamiento del yo reconocible, y a la vez este desmoronamiento las confirma; porque al ponerse en duda el sentido del yo como un conjunto singular y reconocible de esencias, también se pone en duda la existencia de otras entidades delimitadas, mientras los autorizados y los racionalistas pretenden alzar sus voces más allá de los límites de su provinciana existencia. Y aun estas dudas se convierten en víctimas de otras voces interiores.

Amplíe estas argumentaciones en el siguiente capítulo, titulado «Del yo a la relación personal», donde trato con más detalle lo que podrían ser las etapas de la transición que lleva del sentido tradicional del yo al posmoderno. A medida que el individuo tradicional se ve inmerso en un conjunto de relaciones cada vez más vastas, siente crecientemente su yo como un manipulador estratégico. Atrapado en actividades a menudo contradictorias o incoherentes, uno se angustia por la violación de su sentimiento de identidad. Y si la saturación continúa, esta etapa inicial es seguida de otra en la que se sienten los embelesos del ser multiplicado. Al echar por la borda «lo verdadero» y «lo identificable», uno se abre a un mundo enorme de posibilidades. Propongo que esta etapa final de la transición hacia lo posmoderno se alcanza cuando el yo se desvanece totalmente y desaparece en un estado de relacionalidad. Uno cesa de creer en un yo independiente de las relaciones en que se encuentra inmerso. Aunque esta situación no se ha generalizado aún, daré cuenta de varios importantes indicios que la señalan como inminente.

En este punto me dedicaré a dos investigaciones conexas. En el capítulo 7, «Un *collage* de la vida posmoderna», paso revista a una serie de repercusiones de la transición al posmodernismo en la vida cotidiana.

na, abordando los problemas que ha provocado en el marco de la intimidad y los compromisos y en el logro de una vida familiar congruente, así como sus implicaciones para diversas clases de movimientos sociales. Analizo, asimismo, los posibles beneficios que puede traerle a la cultura el hincapié posmoderno en los «juegos serios». En el capítulo siguiente paso a ocuparme de las posibilidades de renovación personal, o sea, de las perspectivas de una cultura que no se aparte de la tradición en cuanto a sus concepciones del yo y a sus formas de relacionarse.

En el último capítulo abandono el papel del narrador para evaluar el cambio posmoderno que han sufrido el yo y las relaciones. Si bien el libro sugiere muchos desenlaces negativos, hay importantes excepciones. En este capítulo procuro dejar que el posmodernismo hable en su propia defensa, por así decirlo, y demostrar por qué es válido abrigar un cierto optimismo. Me centro aquí en la devastación producida por la consideración modernista de la verdad y el progreso, así como en los efectos liberadores, tanto para el yo como para la cultura mundial en general, del pluralismo posmoderno. En último término, el bienestar de los seres humanos dependerá de la tecnología de la saturación social y del tránsito a una existencia posmoderna.